

Capítulo 17 - Novato, Parte 2 - El Último Orellen

- [Capítulo 17 - Novato, Parte 2 - El Último Orellen](#)

Capítulo 17 - Novato, Parte 2

- El Último Orellen

Novato (Parte 2)

La roca se encontraba a una caminata de cuatro horas desde el pueblo, por un sendero tan áspero que solo era un poco más visible que las sendas hechas por la fauna local.

El enorme monolito yacía en el corazón del bosque profundo, rodeado por árboles que llegaban hasta su misma cima. Alcanzaba los setenta pies en su punto más alto. Sus lados eran lisos, y su cumbre, suavemente redondeada, aún bastante plana para poder pararse cómodamente sobre ella.

Había sido un lugar sagrado en tiempos remotos, y algunos antiguos isleños habían tallado estrechas escaleras en una de sus caras. Nanu decía que, en su infancia, allí todavía se realizaban bodas y ceremonias de nombramiento. Hoy, solo recibía ocasionalmente a visitantes curiosos, y ya no era utilizado con regularidad por nadie.

Excepto por Kalen.

La mayoría de sus vecinos no se oponían a ver algo de magia de vez en cuando, pero ninguno se sentía cómodo con la presencia de demasiada. Por eso, había sido imprescindible que él practicara en privado.

Nanu se horrorizaría un poco seis meses atrás, al descubrir a Kalen pintando círculos mágicos por toda la cima de la roca. Pero, hasta ahora, nadie los había visto. O quienes los vieron, no se molestaron en quejarse.

“Ahora eres casi como mi roca,” le dijo Kalen al monolito con alegría mientras trepaba por la empinada escalera hacia la cima.

Estaba de buen humor. La magia atmosférica parecía intensificarse con cada respiración. Esperaba que el espectáculo de la aurora durara mucho más esta vez. A veces podía permanecer durante semanas. Gracias a su planificación meticulosa, Kalen podía lograr mucho en ese tiempo.

En la cima de las escaleras, justo antes de llegar a la superficie de la piedra, había un hueco tallado. Medía tanto como Kalen, y era lo suficientemente profundo como para que pudiera caber en su interior. Claramente, estaba diseñado para almacenar objetos. Quizás los antiguos guardaban allí las herramientas que empleaban en algún ritual. Kalen mantenía allí un colchón y algunas provisiones.

Colocó su mochila junto a las mantas y sacó un frasco de agua y un paño grande. Suspirando por el peso del frasco, subió los últimos pasos con dificultad y emergió en la cima de su dominio.

Kalen se sorprendió al descubrir que el principal problema al pintar sus círculos mágicos en la superficie de esa enorme roca no era el sol ni el agua, sino sus excrementos. La pintura mágica era de material robusto, mucho más resistente a esas adversidades. No...el problema eran los excrementos de los pájaros.

Los diagramas mágicos debían estar limpios y sin roturas. Pero los pájaros de la isla parecían tener cierta querencia por ensuciar el trabajo de Kalen.

Se sintió aliviado al ver que esta vez no estaba tan dañada. Una tormenta reciente había lavado buena parte del daño habitual. Pero aún le quedaba toda una tarde para limpiar y devolver a los círculos su estado funcional, si quería que permanecieran en condiciones.

Se puso manos a la obra con entusiasmo, y al llegar la noche, estaba sudoroso, agotado y listo para practicar.

Se sentó en posición de loto al borde del círculo más grande, leyendo su grimorio a la luz de un cristal solar. Nanu decía que no era correcto llamar a ese cuaderno grimorio, pues en realidad solo era una lista de tareas optimista, pero Kalen hacía caso omiso. Contaba con tan pocos utensilios adecuados para un practicante que no quería prescindir de este, aunque fuera una invención.

En los momentos de descanso, cuando la ausencia de la aurora le impedía trabajar con eficacia, Kalen se dedicaba a leer sin cesar. Practicaba moldear su magia interior y concebía ideas para experimentar cuando finalmente tuviera acceso a suficiente poder. Las mejores de esas ideas quedaban registradas en su grimorio.

Como era su costumbre, comenzaba por el hechizo de encantamiento.

Hace años, había leído un pasaje tentador que indicaba que algunos practicantes en el continente portaban dispositivos de almacenamiento de mana encantado. Kalen hubiera dado varios de sus dedos por poseer uno. O incluso solo una forma de fabricarlo.

Lo que él poseía en su lugar era una vaga noción de que esas cosas implicaban ingredientes esotéricos y patrones rúnicos secretos. Y, por supuesto, tenía su moneda.

Suponiendo que Tomas Orellen no estuviera loco y que realmente funcionara —algo más o menos imposible de comprobar con certeza— la moneda era el objeto mágico más valioso que poseía Kalen. Todavía brillaba cuando le imbuyó una cantidad suficiente de mana, así que pensaba que debía estar haciendo algo.

Lo más interesante era que ese brillo duraba aproximadamente nueve días, o hasta que la moneda se volteaba, lo que ocurriera primero.

Kalen pensaba que eso debía significar que la moneda tenía alguna habilidad limitada de almacenamiento de mana en estado crudo. Y el secreto seguramente residía en los círculos rúnicos

concéntricos inscritos en el oro.

Esa era al menos la teoría. Kalen no podía confirmarlo porque aún no había determinado qué conjunto de símbolos influía en el almacenamiento de mana. Nueve décimas partes de las marcas le eran completamente desconocidas, lo cual parecía un porcentaje absurdo, ya que casi había memorizado un diccionario rúnico básico.

Quizá el padre de Tomas Orellen tuviera un diccionario mucho más extenso que el de Kalen. O quizás había inventado alguna de esas runas por sí mismo. En todo caso, debía tener una concentración mental titánica para poder realizar una labor tan compleja.

En el encantamiento, como en muchos otros tipos de magia, cada detalle importa. El aspecto que influía en el almacenamiento de mana de la moneda podía ser seis runas colocadas lado a lado, o quizás dieciséis diferentes distribuidas por toda la superficie. Podría tener que ver con la distancia entre los símbolos correctos o con la interacción entre ciertos runas y el material del que estaba hecha la moneda. En el peor de los casos, sería todo eso, además de componentes ambientales como el momento, la fecha y el método utilizado por quien la encantó.

Si era ese tipo de trabajo, entonces Kalen pensaba que podría dedicar toda su vida a estudiarlo y aun así nunca encontrar la respuesta.

Por eso, debía partir de la suposición de que existía una solución más sencilla. Sacó de su bolsa un saco lleno de discos de madera. Había pasado mucho tiempo libre en los últimos meses tallando estos discos, haciéndolos del mismo tamaño que la moneda. Cada uno tenía un círculo rúnico diferente grabado en la superficie, todos inspirados en los símbolos y patrones del objeto, pero mucho más simples.

Para colocar los encantamientos, los practicantes dependían de algo llamado afinidades mágicas. Debían moldear su magia interior en los patrones adecuados y mantenerla así mientras realizaban una imbuyición permanente en el objeto que deseaban encharantar.

Kalen no tenía dificultad con el tipo de imbuyición permanente que funcionaba en madera. Pero mantener los patrones internos correctos al mismo tiempo era... problemático, por decirlo suavemente.

Así que tuvo que simplificar mucho más de lo que le gustaría.

Caminó entre las monedas de madera una por una, imbuyéndolas con una gran cantidad de magia, dándole forma en la medida de sus habilidades y forzándola a salir en cada una de ellas.

La mayor parte del tiempo, nada sucedía.

Una moneda se partió por la mitad, y Kalen la apartó, anotando en su grimorio la razón de aquel fallo.

Se acercaba al fin de sus reservas de monedas de madera y a la vez de su paciencia, cuando finalmente algo ocurrió. La moneda en la que intentaba infundir magia comenzó a tornarse extraña

en su mano casi tan pronto como empezó a empujarle su hechizo. No pudo distinguir exactamente qué había hecho con el disco de madera, ya que parecía igual que antes, pero percibió cómo una especie de hechizo se asentaba en ella. Sentía una comezón en el pecho.

No iba a retener mana crudo para usarlo más adelante, pero tal vez eso era un logro de otra índole.

Emocionado, Kalen se quedó despierto horas enteras, tratando de descubrir qué era lo que diferenciaba esa moneda de las demás. La golpeó suavemente contra una roca, la giró y la hundió en agua. La probó con la lengua y la sostuvo a la luz de la luna llena, girándola como un trompo. Le dejó caer una diminuta gota de tinta sobre ella.

Estaba a punto de prenderla en llamas para comprobar si de algún modo había vuelto inmune el madera al fuego, cuando comprendió qué hacía de verdad la nueva encantación.

Tras una nueva prueba de volteo, la moneda quedó sobre una de las monedas descartadas, y se quedó allí.

Sorprendido, Kalen se acostó sobre su estómago y examinó con curiosidad las dos monedas unidas. No se separaron al romper el hechizo, pero cuando metió la uña entre ellas, logró separarlas con facilidad.

Había creado algún tipo de imán de madera débil.

Eso era...extraño.

¡Y también bueno!

Kalen nunca había oído hablar de una encantación como esa, pero cualquier magia nueva era bienvenida. Ni siquiera era un patrón difícil en comparación con los que había diseñado para el experimento. Quizá podría perfeccionarlo y fortalecer su agarre, o quizá encontraría algún uso maravilloso para esa versión tan débil.

La madera que se adhería a otra madera sin necesidad de clavos ni pegamento, debía ser útil en alguna forma. Se acomodó en su cama, escribiendo idea tras idea en su grimorio hasta que el sueño finalmente lo venció.

A la mañana siguiente, Kalen despertó en un mundo lleno de magia.

La aurora brillaba en lo alto, resplandeciente como nunca la había visto incluso en plena luz del día. Era un día perfecto para practicar.

Emocionado, comió un huevo cocido de su petate y tomó su libro favorito.

“Cantrips” del Hechicero Brou era un volumen delgado, y sorprendía por la escasez de explicaciones sobre los hechizos que contenía. Hasta la introducción, que consistía en una frase de Brou que decía: “Estos conjuros, siendo prueba de la plenitud de mi dominio, los ofrezco como

enseñanza para aquellos que aún permanecen en este mundo marchito.”

Kalen deseaba que Brou se explicara mejor, pero los conjuros en sí mismos eran hechizos maravillosos.

Había cuarenta y siete de ellos. Cada uno ocupaba dos páginas del libro. En una página estaba el encantamiento con su guía rítmica. Eran poemas breves o canciones de diversas longitudes que debían recitarse en una forma muy precisa. La página opuesta mostraba el patrón de mana que acompañaba el canto.

El patrón se formaba internamente guiando el flujo de tu maná, y debía ser creado simultáneamente con el canto. Ciertos puntos tenían que encajar a tiempo con ciertas sílabas. El patrón y el canto, juntos, componían un hechizo completo.

Era bastante fácil de entender.

Lo que era aún más importante, para las necesidades particulares de Kalen, la mayoría de los patrones de maná de Brou no eran demasiado complejos.

Se volvió hacia una página que había marcado con una hoja seca y observó cuidadosamente el patrón una vez más, aunque llevaba semanas practicándolo. En su estilo habitual, la descripción de Brou sobre este hechizo era breve: Para debilitar el metal.

Reforzar el metal habría sido mejor, en opinión de Kalen, pero esto sonaba lo suficientemente interesante. La verdadera razón por la que eligió este fue que el patrón interno solo tenía doce intersecciones críticas. Lo que significaba que debía ser factible, incluso si el canto que lo acompañaba era uno de los más elaborados.

A Kalen le había tomado mucho tiempo darse cuenta de que había algo mal con sus caminos mágicos. Una de las primeras cosas que un practicante debía aprender era el mapa de su propia magia interna. Todos tenían un flujo de maná único. Estudiarlo debía ayudar a descubrir su afinidad natural si no se contaba con un maestro que pudiera evaluarla, y memorizar su distribución hacía que la hechicería fuera más limpia y efectiva.

“Nadie puede moldear lo que no comprende”, decía “Prácticas mágicas básicas”.

Así que Kalen se esforzó por comprenderse a sí mismo.

Pero su magia no se parecía en nada a los diagramas de ejemplo que había visto en varios textos. Se suponía que debía tener líneas imaginarias de poder limpias y claras recorriendo su cuerpo. Debería asemejarse a un árbol delgado con ramas bien definidas. O incluso al patrón de remolino en una alfombra de lujo.

Le llevó semanas sentirse por dentro para determinar la forma general de su magia. Y esa forma parecía lo que podría suceder si los cerdos se metieran en la cesta de ovillos de la tía Jayne.

Durante mucho tiempo, pensó que era por ser novato. Quizás la magia de un practicante se volvía más ordenada a medida que aprendía. Molestamente, Nanu no le corrigió esa idea cuando se la presentó por primera vez. Ella pensaba que Kalen solo era demasiado sensible a sus propias fluctuaciones mágicas menores y que eventualmente lo entendería.

Pero no había nada que entender, realmente. La magia de Kalen era una monstruosidad enredada. Y ninguno de los dos tenía una sola idea de por qué.

El resultado fue que le costaba mucho reorganizar su magia para formar patrones internos claros. Le resultaba difícil escoger cuál de sus hilos de poder ajustar, y cuando finalmente seleccionaba algunos para trabajar, inevitablemente aparecían otros varios con ellos. Era casi como intentar trabajar con un solo hilo de telaraña dentro de un almacén lleno de ellas.

Pero la práctica suficiente eventualmente dio resultados con los patrones más básicos, y al menos Kalen tenía mucho tiempo para ello. No podía potenciar completamente los conjuros cuando no había aurora, pero aún podía moldear sus propios caminos. Entonces, estudiaba y esperaba, y cuando el cielo se iluminaba, siempre estaba preparado.

Los conjuros podían ser realizados por cualquier practicante, pero era lógico pensar que alguien cuya afinidad coincidiera con el ámbito de influencia mágica del hechizo vería mayores resultados. Un día, Kalen esperaba completar uno y sentir que se diferenciaba de todos los otros. Si lograba eso, sería una pista de qué tipo de magia era la que más le convenía.

Si tan solo hubiera habido uno relacionado con la magia espacial...

Bueno, no sirve de nada obsesionarse con esas cosas. La debilitación del metal era probablemente un conjuro que funcionaba mejor para quienes tenían afinidad con la magia de tierra, y eso era algo que al menos valía la pena intentar.

Se sentó en una zona cómoda en la roca, respirando hondo para concentrarse.

Brou nunca especificó cuánta magia debía emplear un practicante para potenciar sus conjuros menores. Pero Kalen había descubierto que necesitaban bastante—mucho más que cualquier otro hechizo que hubiese probado. No sabía por qué, pero le era útil. Le costaba mucho dar forma a la magia, pero no tenía dificultad alguna con esa parte. Y además, era divertido.

Se abrió por completo, saturando sus caminos mágicos con energía desordenada. Dejó que la llenara hasta el límite.

Sostuvo una sola aguja en la palma de su mano extendida. Concentrándose en construir el patrón necesario, comenzó el canto:

¡Sea tú la doncella del tiempo!

Oxidarse en hierro, como la vejez en el hombre.

Toma y toma y toma.

En el fondo del río la piedra desaparece,

así también se desvanece esto.

Rompe y rompe y rompe.

Rompe y rompe y rompe.

Rompe y rompe y ROMPE.

Le parecía bastante poético para los oídos inexpertos de Kalen, aunque prefería los cánticos que rimaban de principio a fin, porque era más fácil recordar qué palabras debían acentuarse.

En ciertos momentos del canto, enviaba descargas de maná en el patrón que estaba formando, asegurando su posición; y al final, en la última pausa, vaciaba toda la magia que había absorbido en la emisión.

Retrocediendo de espaldas, algo mareado, se tomó un momento para recuperar el aliento. Después de un minuto, levantó la aguja hasta su rostro.

No había cambiado visiblemente, pero había sentido que el conjuro funcionaba. Sentándose, intentó doblar la aguja. Al principio, no ocurrió nada, pero cuando aumentó la presión, la delgada pieza de hierro se partió limpiamente en dos.

Exclamando con entusiasmo, Kalen saltó de un salto. Corrió alrededor de la roca, celebrando sin vergüenza, y en el proceso, accidentalmente empujó a Cantripy, del brujo Brou. Cuando se cansó, guardó con cuidado la aguja rota en una pequeña caja para mostrársela a Nanu. Sin duda, ella vendría a visitarlo si no volvía a aparecer en la aldea durante unos días.

Nanu no podía realizar ninguno de los conjuros ella misma. Decía que no podía emitir suficiente magia en una sola vez para lograrlo y que no le interesaba aprender esas frases tontas. Pero siempre estaba dispuesta a discutir las con Kalen, al menos.

Le hacía ilusión sorprenderla. Con la aguja y la moneda de madera, ya había tenido más éxito con esa aurora que con las otras dos.

Tarareando feliz, Kalen se inclinó para recoger el libro. Echó un vistazo a la página en la que había quedado, y su mano se detuvo. Era el penúltimo conjuro, uno que Kalen había descartado hace tiempo por considerarlo demasiado difícil. A diferencia de la mayoría, el patrón mágico de este era bastante complejo. Dudaba que pudiera darle forma sin errores, incluso si tuviera un mes para intentarlo.

Pero... qué extraño.

Desde esta perspectiva, al revés y desde ese ángulo extraño, el patrón parecía familiar. Kalen inclinó la cabeza de un lado a otro, entrecerrando los ojos y luego abriéndolos más, intentando ver el diagrama desde otra perspectiva.

Es similar, ¿verdad? pensó. Más elegante y sensato, pero aún así...

Había un enredo particular en la magia interna de Kalen—uno que siempre evitaba porque era imposible de manipular—que se asemejaba un poco al patrón en esta página.

Bueno, parecía igual que si alguien hubiese tomado el hermoso patrón del Hechicero Brou, lo hubiese superpuesto con algunos más y luego los hubiera mezclado de manera agresiva.

Eso parece poco probable.

En realidad, si Kalen era honesto, ni siquiera era que el patrón se pareciera notablemente a este hechizo. Era más bien que parecía sentirlo igual.

Confundido por esa extraña sensación de reconocimiento, Kalen echó un vistazo a la descripción en la parte superior de la página. Por supuesto, no era más extensa que las de los demás.

En la parte superior del patrón, en la clara escritura de Brou, decía simplemente: “Para la agitación del aire.”